

El Diario de un campista

29 de junio del 2007, viernes

Búsqueda del Tesoro

No te he contado, querido diario, nada sobre las clases. De hecho no me gusta llamarlo así porque ese nombre tiene todas las connotaciones negativas que tiene la escuela, cuando la realidad es que, después de las horas de deporte, las clases son los momentos más divertidos del día en Karpaty. Porque aunque de hecho me he ejercitado en las matemáticas, el vocabulario y las ciencias, lo cierto es que cada clase es, ante todo, un concurso, una contienda. Todas y cada una de las clases consisten en una o más pruebas. Y en todas y cada una de las clases el equipo que queda primero se gana 50 puntos. Sí. Leíste bien ¡50 puntos! Esto equivale a ganar 5 juegos de soccer corridos. La tensión que esto me pone es tan grande que creo que está subiendo la presión arterial, como le pasa a Papi en estas situaciones. Cada pregunta, cada número, cada palabra es una posible escalada al triunfo o caída al abismo del fracaso. Me siento que, con tanto stress, estoy envejeciendo prematuramente.

Por la tarde tuvimos la Búsqueda del Tesoro. Existía entre la gente el miedo a que fuera tan difícil como el del año pasado, cuando hicieron falta dos días para encontrarlo. A las 5: 30 pm nos repartieron a cada equipo la primera pista. A mi equipo le tocó buscarla en el techito de un zafacón. Con desesperación vimos que algunos equipos encontraron su segunda pista primero que nosotros. Ésta nos refería a la tercera, que nos pidió que buscáramos en una señal de tráfico que había en un camino cercano. En el poste de la señal apareció rápidamente una pista que nos remitió a "un banco de la fogata". No sé si estábamos más pendiente de nuestras pistas o de por dónde iban los demás. Cada vez que el viento traía un grito de júbilo de otro equipo que encontraba una pista sentíamos como un latigazo en nuestras espaldas y una contracción en nuestro vientre. Tan solo llevábamos una hora buscando, cuando, de repente, un alarido nos heló la sangre. Nos detuvimos como una manada de lobos que ha olfateado en el aire algún peligro. Prestamos atención y lo que escuchamos no admitía muchas interpretaciones distintas: alguien había encontrado el Tesoro. No puede ser. Nosotros estábamos ya casi al final. No puede ser. Al final tuvimos que doblegarnos ante la realidad: alguien va a estar esta noche comiendo chocolates y no vamos a ser nosotros. Corrimos a ver quien era: Shawnee estaba danzando extáticamente con unas cajas repletas de dulces en las manos. Pero, si quieres que te diga la verdad, aunque echo muchísimo de menos un buen puñado de dulces, lo que realmente envidio a Shawnee no son los chocolates sino los sabrosos 100 puntos que conlleva el ser el triunfador de esta competencia.

En un gesto admirable de generosidad, Shawnee repartió una parte de su Tesoro con el resto del campamento. De forma que, chupando uno gummy-bears me encuentro ahora en mi sleeping bag, a la trémula luz de mi flash-light, escribiendo estas notas de mi diario.

28 de junio del 2007, jueves

Regreso a Karpaty

Los adultos tienen unos gustos extrañísimos. Los líderes y counselors se levantan en la madrugada antes que nosotros para escuchar una meditación dirigida por P. Javier. Lo último que yo quisiera hacer tan temprano en la mañana es ponerme a escuchar pláticas. Y con el frío que hace en Canadá yo no quisiera ni salir del sleeping bag. Parece que lo que P. Javier les habla es sobre cómo maltratar niños, porque, tras escuchar la meditación vienen a nuestras casetas para sacarnos de la cama. Y esto no solo hoy en Algonquin. Lo mismo hacen en el campamento. Yo sé que si abro mi sleeping bag el frío helado entrará en él y me succionará el leve aliento de vida que me queda. Así que me decido defender mi integridad, me hago un ovillo cerrado sobre mi mismo y agarro el broche del zipper como la última defensa que separa a la muerte de la vida. Todo es inútil, mi counselor levantó el saco y me hizo salir como pasta de dientes impelida de su tubo por poderosos dedos.

Me uní a la somnolienta procesión de campistas cabizbajos que van a lavarse en la fuente, donde la pluma en vez de agua ofrece un mortal líquido que quema al contacto con la piel. Tras despertar finalmente, caemos en cuenta de una cruda realidad: Algonquin se acaba, tenemos que recoger para regresar a Karpaty.

A las 11 am llegaron Steve y Douglas en sendas guaguas a recogernos. Te había ya contado, querido diario, sobre Douglas, pero el que es un personaje es Steve, el dueño de la compañías de guaguas que nos lleva a casi todos los sitios. Yo pensaba que todos los choferes de guaguas escolares eran unos amargados, hasta que lo conocí a él. Steve está lleno de historias interesantes sobre la comarca y sus habitantes. Siendo él padre irlandés y madre polaca, resume en sí mismo las dos migraciones que han conformado esta comarca, que él quiere y venera con el patriotismo de Polonia y la chispa de Irlanda. En cada rincón de esta tierra él nos hace descubrir personajes curiosos, historias familiares o rarezas de la naturaleza. Nada de esto, sin embargo, pudo evitarnos el choque con la realidad: se acabó Algonquin.

Esa mañana fue suave en Karpaty: tiempo para bañarse en el lago y dar vueltas por ahí. Tras la comida el rosario. ¡Por fin me tocó dirigirlo! Llevaba pidiéndolo semanas y semanas. Con la asesoría de mi líder y la paciencia de todos los demás, fui comandando el rezo que se me hizo más corto que nunca. Creo que a la Virgen debe de gustarle ver a un grupo de niños que, distraídos como estamos con los palitos e insectos del piso, queremos estar ahí porque ella dijo que era bueno.

27 de junio del 2007, miércoles

Triatlón

Tras un día como el de ayer, con el maratón de las canoas, hoy hemos estado relativamente tranquilos. Para empezar nos levantamos súper tarde (para los estándares del campamento) a las 9:30 am. Me río escribiendo esto: cuando estoy en

casa, para mí esto sería madrugar. Tras la Misa y el desayuno, hubo un par de horas para llamar a los papás. No es que en el campamento haya teléfono, obviamente, pero a la entrada de la zona de acampadas hay una casa de rangers que tienen dos teléfonos públicos. Esta vez la fila no era tan grande: muchos niños prefirieron ir a nadar en los lagos y a tirarse desde los árboles.

Hablé con Mami quien, como siempre, tenía más preguntas de las que yo era capaz de contestar. ¿Cómo uno sabe si está comiendo bien, o durmiendo bien o arropándose? ¿Cómo uno explica cómo lo estoy pasando? ¿Existen muchas más palabras que "bien" o "mal"? Si existen, yo no las he estudiando en las clases de Español que he cogido hasta sexto grado. Imagino que el Español de séptimo será mucho más completo y aprenderé adjetivos nuevos como los que se leen en los libros de Harry Potter: ¡Fascinante! ¡Sobrecogedor! ¡Impresionante! ¡Portentoso! Pero, por ahora, tengo que dejar a Mami con las ganas de conocer mis sentimientos con más profundidad.

Regresé a la carrera al campamento para tirarme del árbol tumbado sobre el río. La fila estaba más larga que la del teléfono pero, afortunadamente, la gente tarda en tirarse al agua menos de lo que tarda en hablar con sus papás. Otro grupo de niños. En vez de tirarse desde un tronco, prefieren deslizarse por un terraplén o cuesta de arena que cae de lleno en el lago. Esta versión tiene el atractivo de que permite los combates y los concursos con más facilidad que el tronco. Además te puedes tirar rodando por la cuesta para empanarse de arena y caer al agua para enjuagarte y volver otra vez a subir. Si en una superficie tan pequeña uno puede encontrar tantas formas de divertirse ¡cuántas maravillas se encerrarán en el planeta Tierra! No puedo esperar a llegar a grande y dedicarme a ser explorador, que es lo que yo voy a estudiar en la universidad. .

Tras el almuerzo y el rosario, nos aprestamos a competir en el Triatlón: una competencia triple de carrera, natación y ejercicios. Qué extraño es competir en relevos, sabiendo que tu éxito depende del éxito del anterior y de tu éxito depende el del siguiente. En este campamento he aprendido que, además de los seres humanos individuales, existen los seres colectivos, llamados equipos, que tienen también corazón: para sentir emoción y coraje, alegría y desesperación: todos a una. Mis gustos (yo aborrezco el volleyball) tienen que sacrificarse en el ara de un bien superior: ¡que gane Sioux! Esto es lo único que importa.

Al acabar el Triatlón hubo el juego de All Stars de volleyball: los mejores campistas junto con los directores en un equipo batiéndose contra los líderes y counselors en otro. Ni pensar que un flaco como yo vaya a cualificar para ese juego. Pero me entretuve un rato viéndolo y luego, entre los que estábamos en el público, organizamos un escondite donde acabamos divirtiéndonos mucho más que los que estaban jugando.

La conciencia de que esta era nuestra última noche en Algonquin creo que fue el detonante psicológico de la explosión de emociones que se dieron alrededor de la hoguera. Es cierto que también los marshmallows ayudaron a crear el clima que propició lo que vivimos allí esa noche. Yo no he estudiado todavía quién inventó los marshmallows, pero le pido a Dios que le tenga muy alto en su Gloria por haber legado a la humanidad un alimento que ha ayudado a ser feliz a tanta gente. Yo contemplo el mío como tierna nubecita que toca la espigada punta de un enhiesto y seco árbol,

que es mi palito. Tan esponjoso y delicado se ve que me da pena someterlo al fuego. Pena que desaparece en cuanto lo meto en mi boca y dejo que se derrita segregando néctares divinos sobre mis papilas gustativas, y provocando que mi cerebro se quede completamente en blanco durante los siempre breves segundos que dura este edulcorado éxtasis. Ummmm!

No sé de quien fue la idea de hacer un concurso de danzas frente al fuego. Y cuando uno no sabe de quién fue la idea de una nueva forma de bacilar, debe sospechar que fue Juani el autor intelectual de ésta. El caso es que la gente empezó a bailar instintivamente alrededor del fuego y de ahí pasamos a la idea de competir para ver quién bailaba mejor. Aunque Orestes tenía la mayor fama, todo el mundo tuvo que reconocer que Marcelo Mums y Javier Fernández dieron el espectáculo más vistoso. Enrique Torres nos impresionó a todos haciendo un despliegue de agilidad que nadie sospechaba que se ocultaba en su inmenso cuerpo. La luminotecnia, a cargo de todos los que tenían flash-light, contribuyó a crear un ambiente exhilarante, haciendo que los artistas parecieran moverse con contorsiones sobrehumanas.

Después de que los campeones fueran aclamados y honrados como se merecían, Omar Díaz sacó sus pleneras y las repartió entre los muchos candidatos a percusionista que surgieron enfielrados como estábamos por el ritmo y el fuego. Juani Riestra y Gene Kilgore, con sus respectivas guitarras hicieron un despliegue de sus mejores habilidades musicales, sacando, una tras otra, canciones de todo género, de un repertorio que parecía no agotarse nunca. Nuestras gargantas, lamentablemente, tenían menos resistencia que nuestro ánimo y, a medida que se adentraban, de la mano, la noche y el frío, la afonía fue sustituyendo a las voces que, al final parecían los aullidos de una manada lobos hambrientos de Algonquin.

Cuando, ya entrada la noche, empezaron a contar historias de miedo entendí que era el momento para irse a acostar. No sé porqué, tras escuchar cuentos de terror, la oraciones de la noche salen como más fervorosas. Y no es sólo a mí: lo mismo le pasa a los otros nenes de mi caseta y de la de al lado. Buenas noches, querido diario.

26 de junio del 2007, martes

Canoa por los lagos de Algonquin

Para muchos hoy ha sido el día más intenso del campamento: el día de la canoa por los lagos de Algonquin. Ocho horas de remada que quedarán para siempre grabadas en mi infantil memoria. Empecé a segregad adrenalina cuando, antes de incluso acabar el desayuno, llegó el camión que traía las canoas, los remos y los chalecos salva vidas. Tuvimos que ir, uno por uno, a probarnos los salvavidas y remos para comprobar que eran de nuestro tamaño. ¡Si Mami viera lo bien que me veo con mi atuendo de remador! El salvavidas de hace ver incluso fuerte, yo que soy un fideo con patas. Nos dividieron en equipos de tres. Yo tuve la suerte que me tocó ir en la misma canoa con José que es fuerte como un tipo de 14 años. Con la práctica de las dos regatas de la semana pasada, pudimos coordinarnos lo suficiente como para que la canoa no se quedara dando vueltas en círculo, como cuentan que les ha pasado a algunas gentes.

El clima no podía haber estado mejor: un día soleado y cálido como ninguno hasta ahora. Mi líder me hizo embadurnarme en sunblock hasta que cambié de color. Juani estaba filmándolo todo. Cuando me apunta con la cámara, como que escucho ya la música de fondo del video y siento que me estoy moviendo en slow motion al ritmo de una música de Fiel a la Vega.

Por mucho que Rubén Manuel nos insistiera en que esto no era una carrera, todos nos enfocamos en remar con todas nuestras fuerzas. Claro que este empuje duró solo los dos primeros lagos. Luego algunos equipos estaban explotados. Lo más difícil de remar en canoa no es saber como meter y sacar el remo. Lo difícil es no pelear entre nosotros cuando empezamos todos a dar nuestras opiniones sobre lo que hay que hacer, y no criticar lo que hacen los demás: esto sí que es un arte que todavía los de mi canoa no dominamos. Fuimos navegando en zigzag, duplicando y triplicando así la distancia entre cada parada.

Exhaustos llegamos a un paso en el lado donde hay un puente de un antiguo ferrocarril que pasa por encima, y desde ahí se estaban ya tirando al lago los primeros niños cuando nosotros finalmente llegamos. Yo me subí al puente y ... quedé paralizado por la altura. El vértigo y el miedo me agarrotaron las piernas y los brazos. Pensé que tan solo el viento bastaba para hacerme pasar la valla y tirarme al vacío. Poco a poco, escuchando las risas y la gritería de los otros niños, fui aflojando los músculos y el espíritu. Quizá no estaba tan al borde de la muerte como me imaginaba. Manuel, que es mucho más pequeño que yo, me animó a tirarme junto con él. Encomendé mi alma a Dios, y dirigí mi último pensamiento hacia mis papás, sufriendo por lo que ellos sufrirían de perder su hijo a tantos miles de millas de distancia. Tras estas lúgubres reflexiones, puse en blanco mi mente y dejé que la mano de Manuel me dijera cuando tenía que dar mi último paso en esta vida. Saltamos y caímos. Y caímos. Y caímos. Y caímos. Y seguimos cayendo. Por mi mente pasó en ese instante toda mi vida. También veía la escena de The Lord of the Rings, donde, en las minas de Moria, Gandalf cae al abismo tras luchar con el monstruo de fuego. Finalmente la dura superficie del agua me impactó, simplemente para frenar parcialmente mi marcha hacia las profundidades. Me hundí. Y me hundí. Y me seguí hundiendo. Sabía que se abría los ojos vería el rostro asombrado de los peces abismales que se estaban preguntado por el origen de este proyectil humano. Cuando finalmente me detuve, instintivamente empecé a patear y nadar hacia arriba. Y nadé. Y nadé. Pero el agua no se acababa. Cuando mis pulmones iban a colapsar finalmente llegué a la superficie con tal ímpetu, que creo que saqué los pies del agua. Jadeando miré a mi alrededor. Los otros niños estaban riendo y jugando como si nada hubiera pasado. Era como si nadie me hubiera echado de menos durante todo el tiempo que estuve allá abajo. Manuel brotó del agua a mi lado como expulsado por un geysir, pero riendo y gritando como si estuviera en un parque de diversiones. "¡Otra vez! ¡Otra vez!" me gritó. Como movido por una fuerza invisible, seguí a Manuel a la baranda del puente, y sin saber cómo ni porqué, empezamos a tirarnos como poseídos, una y otra vez, hasta que llegó la hora de continuar nuestro viaje.

Con la adrenalina fluyendo a raudales por mi organismo, nos adentramos en la segunda etapa del periplo, que consistía en atravesar increíble canal que unía dos lagos. Lleno de meandros y parajes de Ribendel, las ramas nos saludaban según pasábamos. El fondo del lago se hacía increíblemente cercano y transparente, tanto que podíamos ver los peces y la flora subacuática. Salimos finalmente a un lago gigantesco, rodeado de montañas enormes y lejanas, y empezamos a cruzarlo. El

clima estaba a nuestro favor. Un sol radiante daba a toda la escena un esplendor bucólico. Una multitud de canoas plateadas, serpenteando por una superficie tersa y cristalina que reflejaba un cielo azul límpido rasgado por diminutas bolas de algodón que, periódicamente nos protegían levemente de los flagelazos del sol. No te imagines que el sol de Canadá es como el del Caribe: el sol de estas latitudes apenas quema, es frío y brillante.

Finalmente llegamos a Barclays Estates, el lugar donde pararíamos a almorzar. Se trata de una mansión abandonada en los 1950, que todavía conserva su embarcadero, y otras facilidades. Nunca un hot dog me había sabido tan rico como en este momento. Nada me importó el que tuviera la mostaza que nunca me gusta echarle, ni el que tuviera que comerlo de pié porque apenas había sitio para sentarse. Para mí fue un festín.

Tras almorzar, no adentramos en la montaña que nos cobijaba en su falda, y la atravesamos en una caminata de una media hora. El paraje era interesante. Era como un bosque con ramas tan altas que parecían haberse olvidado de la superficie y nosotros estábamos entrando como por su interior. Pero esto es nada como lo que nos esperaba en la cima. Tras un requiebro del camino nos abofeteó la cara algo sobrecogedor. Una vista y un paisaje como yo nunca había visto en mi vida. Lagos como piedras de zafiro azul se recortaban nítidos en medio de la almohada verde profunda que formaban las montañas tupidas de abetos apretados, de verde rabioso. El cielo se nos regalaba por partida doble, en lo alto del firmamento y en lo profundo de las aguas. Me sentí más pequeño de lo que me siento cuando estoy en la fila detrás de mi líder, y a la vez me vi grande como la montaña que nos daba pie, y que habíamos conquistado.

Emprendimos el regreso, navegando ya con la maestría de los lobos de mar (o de lago) que ya éramos. Habíamos cruzado cinco lagos para llegar hasta aquí y ahora teníamos que desandar lo andado. Pero a mitad de camino hicimos una parada estratégica, en la playa de Coonslake. Allí nos pusimos a retozar en la playa algunos, y otros a jugar football freezbee, una extraña mezcla de esos dos deportes que sirve como excusa para correr brincar y discutir, tres de las principales necesidades de cualquier niño. Había agua potable en abundancia, donde rellenamos las cantimploras, ya secas tras la travesía.

Un día tan intenso no podía menos que cerrarse con un broche de oro: una noche de canciones alrededor de la fogata iluminados por una descarada luna que arrojaba un halo mágico sobre todo alrededor, haciendo que los lagos que se avistaban desde el campamento brillaran de forma sobrenatural y misteriosa. Nos apretamos unos contra otros mientras gastamos las últimas energías tratando de acompañar a Juani en sus canciones. Como te puedes imaginar, en un ambiente así es fácil sentirse transportado y como levitando. Todavía hoy, cuando cierro los ojos crepitan ante mí las llamas de aquella hoguera y resuenan en mis oídos las notas de aquellas canciones inolvidables.

25 de junio del 2007, lunes
Caminata al Visitor Centre

Estoy convencido que pocos seres humanos han logrado caminar tanto como nosotros hemos caminado hoy, desde el campamento hasta el Visitor Center de Algonquin. Pienso que han debido ser alrededor de 200 millas, un paso detrás de otro. Mis pies laten como morcillas convulsivas mientras escribo estas líneas en acurrucado en mi sleeping-bag, en el fondo de mi caseta. La proeza acabará, no lo dudo, escrita con letras de oro en el libro de la Historia.

Nada más levantarnos a las 8 am, la gente empezó a confesarse con P. Javier que se sentaba en el banco donde más tarde se celebraría la Misa. Yo también me animé a confesarme. Qué extraño y sobrecogedor es estar escuchando los consejos de P. Javier mientras los dos miramos al paisaje azul y verde infinito que se extendía a nuestros pies.

Después de que todos los que querían confesarse lo hicieron, empezó una Misa como yo nunca he asistido a ninguna. Con el bosque como retablo, una mesa de camping como altar, unos vasos sagrados minúsculos, la música del viento como fondo del trinar de pájaros exóticos, todo esto, junto a al tono solemne e intenso de las palabras del sacerdote, causaron una impresión hondísima en mí que, en ese momento, no supe distinguir si estaba en la Misa terrena o en la celestial.

Tras la Misa, nos aprestamos a desayunar. Nos sentamos por equipos en cada una de las mesas que rodeaban el lugar de la fogata. Estoy aprendiendo a comer cereales que nunca pensé que probaría, como los odiados Cheerios y los despreciables Rice Crispies. Mami va a ponerse orgullosa de mí cuando se entere.

Mi líder me leyó la lista de cosas que se aconsejan para llevar a la excursión. Creo que no pude retener ni la mitad de las cosas que dijo. Pero luego le fui preguntando a los de mi caseta, hasta que creo que conseguí casi todo.

Comenzamos a caminar animados por la posibilidad de avistar alguna fiera salvaje, principalmente osos, alces o ciervos. Detrás de cada arbusto presentía yo unos ojos que nos observaban sin dejarse ver, un palpitar que se sentía sin dejarse escuchar.

Finalmente llegamos al visitor centre y, lo primero que hicimos fue almorzar en las afueras, ante la mirada curiosa de los turistas canadienses que no dejaban de impresionarse por el mar de camisetas amarillas y gorras fosforescentes que se batía contra las vallas del centro.

Dentro del visitor centre hay muchas amenidades, museos, exhibiciones, miraderos, salas de proyecciones, cafetería, tienda de recuerdos... Pero lo que todos andábamos buscando no era casi ni una amenidad: un pequeño instrumento de comunicación de un pie por dos pies conocido como teléfono, un modesto equipo electrónico pero grande ante nuestros ojos porque nos permitía hablar con nuestros papás. Rápidamente se montó la fila y la presión sobre los que hablaban para que acabasen pronto y nos dejaran hablar mucho a los demás.

En la visita a los exhibits exploré las profundidades de la naturaleza en Algonquin, desde el fondo de los lagos hasta el espesor de los bosques, todo magníficamente ilustrado con los más variados medios audio-visuales.

Luego la vuelta que tuvo, exactamente la misma longitud que la ida, por el borde de la carretera, alternado las tertulias de un grupo a otro, para hacer más ameno el camino.

24 de junio del 2007, domingo

Salida para Algonquin

Tengo la impresión de que hoy van a dar comienzo algunos de los días más apasionantes de mi vida. Los campistas viejos del campamento no paran de hablar de todo lo que ofrece la acampada en Algonquin, una reserva natural, que se extiende por una superficie superior a la de Puerto Rico, plagada de lagos bosques y, sobre todo, vida animal en todos los sabores, colores y tamaños: desde orugas exóticas hasta alces (moose) y el temido oso grizzly.

Cómo me pasa el día de Navidad, antes de los regalos, las horas de hoy hasta la salida transcurrieron increíblemente lentas. El juego de volleyball me pareció que tenía con treinta sets, y en el de béisbol el arbitro parecía permitir 15 outs antes de cerrar una entrada. Yo preparé con cuidado mi equipo para la vida silvestre: una lupa que compré en Wonderland, unas chancletas, mi sunblock, y un tubito para guardar el cepillo de dientes al que le he cortado los dos extremos y que me sirve como un catalejo o telescopio para ver en la distancia. Si estuviera aquí Papi él me colocaría unas lentes para que pudiera ver lejos de verdad.

La salida para Algonquin estaba prevista para las 5:30 pm. En la mañana, no obstante, se fueron hacia allá Ricky Martinez, Rubén Manuel y los counselors de cada equipo para montar las cabañas y establecer el campamento. Nuestro site está junto a un lago llamado Whitefish que está a una hora y media de viaje de Karpaty. La noticia de que P. Javier ha avistado un oso en medio de la carretera esa mañana ha corrido como la pólvora por todo el campamento. Aunque fuimos cantando casi todo el camino, todo el mundo estaba armado con su cámara, para cualquier eventualidad. Esta vez nos fuimos en dos guaguas escolares, un para los equipajes nuestros y de la cocina y dos equipos, Huron y Shawnee. En la otra fuimos nosotros todos los demás. El nuevo chofer Dough, es un tipo interesantísimo, granjero de profesión, en su pequeña parcela de 200 acres cría cientos de vacas y habla de ellas con la misma pasión con la que yo hablo de mis juegos de X-box. Este año ha montado una explotación de maple, el árbol nacional de Canadá, que tiene la peculiaridad de que, en vez de sabia tiene, aunque sé que no lo vas a creer, sirope de pancakes. Así como lo oyes. Y tampoco vas a creerme que, para extraer este sirope lo que hace es ordeñar los árboles. Así como lo oyes. Les hace un agujero en el tronco y les enchufa un tubo que va desde cada árbol hasta sus calderas, donde lo calienta hasta que logra que el 3% de azúcar que tiene el sirope se convierte en 63.8% (imagino que es a base de evaporar el agua, como me explicaron en mi clase de ciencias). Dough nos ha excitado la imaginación con los cuentos de los lobos que mata habitualmente es su finca, y con la lucha que mantiene con los castores en sus lagunas. Al fin llegamos al campamento tan excitados que a muchos se nos olvidó recoger nuestro equipaje y nos fuimos en directo al lago. Después de cenar nos pusimos a cantar con tal fuerza que todos los animales de los alrededores, racionales e irracionales, se enteraron de que habíamos llegado. Al final, rendidos por la emoción nos fuimos a tratar de dormir a nuestra caseta. Yo por mi parte me quedé

hablando con mis compañeros de caseta hasta que sus palabras se mezclaron con mis sueños.

20 de junio del 2007, miércoles

El equipo de Nootka va el primero. Esto ha sido un escándalo. Durante el viaje de Wonderland parece que su líder Eric, que es un veterano en estos campamentos, adiestró a sus niños para que fueran haciendo servicios todo el día: recoger los papeles de la guagua que nos llevó, ayudar a repartir los almuerzos, prestar las tarjetas de llamadas al que no tuviera, buscar las cosas que se les perdían a los otros campistas, y cosas por el estilo. Así cualquiera gana.

En mi equipo tuvimos una reunión de emergencia para diseñar una estrategia para recuperar posición que nos corresponde. Decidimos que vamos a pedirle a Rubén Manuel, el encargado de los puntos, permiso para lavar la van del campamento y para limpiar las ventanas. Ni contamos con ganar en pelota hoy, porque los Sioux son imbatibles.

P. Javier, que es el árbitro de soccer me ha dicho que, ¿es posible que llegue a formar parte de la selección de los mejores campistas que va a retar, en este deporte, a los staff y directores! Ahora entiendo lo que es sentirse nominado para un Oscar. Veo a todos los demás campistas como más pequeñitos. Cierro los ojos y me veo pateando con maestría una bola, cabeceando con precisión y recibiendo ovaciones de todo el campamento. No puedo esperar a que llegue el día.

Tras las horas de deporte, de 11:30 a 2:15 nos espera un baño en el lago, que tonifica el cuerpo y alegra el alma. El lago es un poco llanito, y hay que caminar mucho para que el agua te llegue al pecho. Ya el llegar al punto de baño es, por sí mismo, una excursión.

19 de junio del 2007, martes

Wonderland

Son tantas las emociones distintas, nuevas y viejas, que me ha hecho sentir el día de hoy en Wonderland que no sé cómo ni en qué orden contártelas. Hoy experimenté el vértigo, la velocidad y el miedo, la euforia y el frío, la náusea y la conmoción, el desconcierto y la excitación. Creo que es demasiado para mi alma infantil. Nunca me ha habido detenido a considerar por qué se le llama así a un parque de atracciones. Pero ahora lo veo claro: todo es atractivo: hasta la comida sabe a aventura. Wonderland te recibe con la grandiosa vista de una montaña altísima de la que cae una cascada imponente. Al entrar nos dividimos en grupos, cada uno comandado por un mayor. Yo me fui con unos amigos nuevos de la cabaña de al lado, para no estar siempre con los que mi equipo. Como somos más valientes que los demás, nos fuimos directamente a "Top Gun" el roller-coaster más legendario de Wonderland. Pero allí nos encontramos a todos los demás del campamento que también se les antojó demostrar su valentía a la misma vez que nosotros. Me entró una tentación enorme de comprar las fotos que venden al final con las caras nuestras

en plena apoteosis de miedo y emoción. Gracias a Dios, la vencí: ahora soy \$14.99 más rico que si no lo hubiera hecho. Tengo que confesarte que el sándwich y los chocolates que nos dieron en el campamento para almorzar me los comí durante el viaje, no tanto por el hambre, sino para tener una excusa para comprar el almuerzo con mis amigos.

A pesar de lo soleado que estaba el día, en la tarde, increíblemente, cayó una tormenta con lluvia y truenos, lo que contribuyó a crear más sensación de aventura al día. Nos refugiábamos en unas tiendas, mientras esperábamos a que abrieran de nuevo las máquinas, y aproveché para comprarle a mis hermanitos unos juguetes de los que a mí me gustan: un bolígrafo que enciende unas luces intermitentes y un abanico personal que cuando lo prendes se ven unas letras que dicen "Wonderland". Probé mi puntería en varios de los kioscos, pero no me gané nada.

Las cinco de la tarde era la hora prefijada para encontrarnos todos en la entrada del parque. Como el campamento había dado una recompensa de 10 puntos por cada niño que llamara a sus papás, se desató una hola de amor filial y un asalto y asedio a los teléfonos en la entrada. Algunas tarjetas de llamadas no funcionaron, lo que dio lugar a actos heroicos de generosidad de unos niños prestando sus tarjetas a otros. Yo mismo pude llamar gracias a la largueza de uno niño de otro equipo que, increíblemente, yo pensaba que no le caía bien.

En el viaje de vuelta los ánimos estaban elevados. Las canciones y la guitarra de Juan Riestra no pararon en casi todo el viaje, y estamos hablando de unas 4 horas de guagua escolar. Los silencios más espesos fueron en las dos ocasiones en que, atravesando una oscura carretera divisamos un ciervo, en un lado del autobús y un alce (moose) al frente. Ahora sé lo que sienten los exploradores de los programas de televisión.

Demasiadas emociones para un solo día. Cierro los ojos, se me inunda el alma de imágenes y sonidos que me acompañan hasta el sueño.

The End...